

JESÚS TE PUEDE LIBERAR



LAZARUS 
ROOMS FINDING FREEDOM
FROM ADDICTIONS

**JESÚS TE PUEDE
LIBERAR**

LAZARUS 
ROOMS FINDING FREEDOM
FROM ADDICTIONS

Jesús Te Puede Liberar

ISBN: 978-1-953144-80-5

Derechos de autor © 2020 por Lazarus Rooms



Sin derechos reservados. Este libro o cualquier porción del mismo pueden ser reproducidos o utilizados sin permiso previo de los editores.

Textos bíblicos tomados de la Santa Biblia, BIBLIA DIOS HABLA HOY®, Tercera Edición, DHH® Derechos de Autor © 1966, 1970, 1979, 1983, 1996 por Sociedades Bíblicas Unidas.® Usado con permiso. Todos los derechos reservados en todo el mundo.

BIBLIA DIOS HABLA HOY © DHH © 1983, 1996 Por Sociedades Bíblicas Unidas.® Usado con permiso de Biblica, Inc. © Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Segunda Impresión, 2021
Impreso en los Estados Unidos de América
Arte de la portada creado por Essene Press

Traducido por: Essene Press

Essene Press
4315 Plainville Rd.
Cincinnati, OH 45227
essenepress.org

Por los últimos 2,000 años personas de todas las naciones y grupos por medio del Señor Jesucristo han sido liberados de todas clases de cosas que los han esclavizado. Jesus no es solamente una figura religiosa quien vivió hace mucho tiempo, y en una nación muy lejana. Él está vivo hoy—el Hijo de Dios con toda la autoridad en el cielo y la tierra. Ya que sigue vivo, él sigue teniendo el poder para ayudar a aquellos que piden su ayuda en tiempo de necesidad.

Jesus Rescata

Llegaron al otro lado del lago, a la tierra de Gerasa. En cuanto Jesús bajó de la barca, se le acercó un hombre que tenía un espíritu impuro. Este hombre había salido de entre las tumbas, porque vivía en ellas. Nadie podía sujetarlo, ni siquiera con cadenas. Pues aunque muchas veces lo habían atado de pies y manos con cadenas,



Fig. 1. James Tissot, Public domain, via Wikimedia Commons

siempre las había hecho pedazos, sin que nadie lo pudiera dominar. Andaba de día y de noche por los cerros y las tumbas, gritando y golpeándose con piedras. Pero cuando vio de lejos a Jesús, echó a correr, y poniéndose de rodillas delante de él le dijo a gritos:

—¡No te metas conmigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo! ¡Te ruego por Dios que no me atormentes!

Hablaba así porque Jesús le había dicho:

—**¡Espíritu impuro, deja a ese hombre!**

Jesús le preguntó:

—**¿Cómo te llamas?**

Él contestó:

—Me llamo Legión, porque somos muchos. Y rogaba mucho a Jesús que no enviara los espíritus fuera de aquella región. Y como cerca de allí, junto al cerro, había gran número de cerdos comiendo, los espíritus le rogaron:

—Mándanos a los cerdos y déjanos entrar en ellos.

Jesús les dio permiso, y los espíritus impuros salieron del hombre y entraron en los cerdos. Éstos, que eran unos dos mil, echaron a correr pendiente abajo hasta el lago, y allí se ahogaron.

Los que cuidaban de los cerdos salieron huyendo, y fueron a contar en el pueblo y por los campos lo sucedido.

La gente acudió a ver lo que había pasado. Y cuando llegaron a donde estaba Jesús, vieron sentado, vestido y en su cabal juicio al

endemoniado que había tenido la legión de espíritus. La gente estaba asustada, y los que habían visto lo sucedido con el endemoniado y con los cerdos, se lo contaron a los demás. Entonces comenzaron a rogarle a Jesús que se fuera de aquellos lugares.

Al volver Jesús a la barca, el hombre que había estado endemoniado le rogó que lo dejara ir con él. Pero Jesús no se lo permitió, sino que le dijo:

—Vete a tu casa, con tus parientes, y cuéntales todo lo que el Señor te ha hecho, y cómo ha tenido compasión de ti.

El hombre se fue, y comenzó a contar por los pueblos de Decápolis lo que Jesús había hecho por él; y todos se quedaron admirados (Marcos 5:1-20).

¡Ten Misericordia de Mi!

Cuando ya se encontraba Jesús cerca de Jericó, un ciego que estaba sentado junto al camino pidiendo limosna, al oír que pasaba mucha gente, preguntó qué sucedía. Le dijeron que Jesús de Nazaret pasaba por allí, y él gritó:

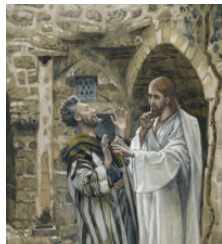


Fig. 2. James Tissot, Public domain, via Wikimedia Commons

—¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!

Los que iban delante lo reprendían para que se callara, pero él gritaba más todavía:

—¡Hijo de David, ten compasión de mí!

Jesús se detuvo y mandó que se lo trajeran. Cuando lo tuvo cerca, le preguntó:

—¿Qué quieres que haga por ti?

El ciego contestó:

—Señor, quiero recobrar la vista.

Jesús le dijo:

—¡Recóbrala! Por tu fe has sido sanado.

En aquel mismo momento el ciego recobró la vista, y siguió a Jesús alabando a Dios. Y toda la gente que vio esto, también alababa a Dios.

Pidiendo Misericordia



Fig 3. James Tissot, Public domain, via Wikimedia Commons

Dios ama cuando la gente clama a él por misericordia. El orgullo humano no quiere pedirle a Dios por misericordia. Nosotros queremos ganar lo que obtenemos, pero cuando una persona se humilla y se da cuenta que nunca podrá

ganarse la misericordia que necesita, está encuentra la misericordia en Dios. La Biblia está llena de pecadores que se dan cuenta que necesitan la ayuda de Dios. No menos importante a estos pecadores fue el rey David, quien escribió esta oración a Dios:

Del maestro de coro. Salmo de David, después que el profeta Natán lo reprendió por haber cometido adulterio con Betsabé.

Por tu amor, oh Dios, ten compasión de mí;
por tu gran ternura, borra mis culpas.

¡Lávame de mi maldad!

¡Límpiame de mi pecado!

Reconozco que he sido rebelde;

mi pecado no se borra de mi mente.

Contra ti he pecado, y sólo contra ti,
haciendo lo malo, lo que tú condenas.

Por eso tu sentencia es justa;
irreprochable tu juicio.

En verdad, soy malo desde que nací;
soy pecador desde el seno de mi madre.

En verdad, tú amas al corazón sincero,
y en lo íntimo me has dado sabiduría.

Purifícame con hisopo, y quedaré limpio;
lávame, y quedaré más blanco que la nieve.

Lléname de gozo y alegría;
alégrame de nuevo, aunque me has
quebrantado.

Aleja de tu vista mis pecados
y borra todas mis maldades.

Oh Dios, ¡pon en mí un corazón limpio!,
¡dame un espíritu nuevo y fiel!
No me apartes de tu presencia

ni me quites tu santo espíritu.
Hazme sentir de nuevo el gozo de tu
salvación;
sosténme con tu espíritu generoso,
para que yo enseñe a los rebeldes tus
caminos
y los pecadores se vuelvan a ti.
Líbrame de cometer homicidios,
oh Dios, Dios de mi salvación,
y anunciaré con cantos que tú eres justo.

Señor, abre mi labios,
y con mis labios te cantaré alabanzas.
Pues tú no quieres ofrendas ni holocaustos;
yo te los daría, pero no es lo que te agrada.
Las ofrendas a Dios son un espíritu dolido;
¡tú no desprecias, oh Dios, un corazón hecho
pedazos! (Salmo 51:1-17)



Fig. 4, James Tissot, Public domain, via Wikimedia Commons

Alcanzando

Cuando Jesús regresó en la barca al otro lado del lago, se le reunió mucha gente, y él se quedó en la orilla. En esto llegó uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, que al ver a Jesús se echó a sus pies y le rogó mucho, diciéndole:

—Mi hija se está muriendo; ven a poner tus manos sobre ella, para que sane y viva. Jesús fue con él, y mucha gente lo acompañaba apretujándose a su alrededor. Entre la multitud había una mujer que desde hacía doce años estaba enferma, con derrames de sangre. Había sufrido mucho a manos de muchos médicos, y había gastado todo lo que tenía, sin que le hubiera servido de nada. Al contrario, iba de mal en peor. Cuando oyó hablar de Jesús, esta mujer se le acercó por detrás, entre la gente, y le tocó la capa. Porque pensaba: «Tan sólo con que llegue a tocar su capa, quedaré sana.» Al momento, el derrame de sangre se detuvo, y sintió en el cuerpo que ya estaba curada de su enfermedad. Jesús, dándose cuenta de que había salido poder de él, se volvió a mirar a la gente, y preguntó:

—¿Quién me ha tocado la ropa?

Sus discípulos le dijeron:

—Ves que la gente te oprime por todos lados, y preguntas “¿Quién me ha tocado?”

Pero Jesús seguía mirando a su alrededor, para ver quién lo había tocado. Entonces la mujer, temblando de miedo y sabiendo lo que le había pasado, fue y se arrodilló delante de él, y le contó toda la verdad. Jesús le dijo: —Hija, por tu fe has sido sanada. Vete tranquila y curada ya de tu enfermedad. Todavía estaba hablando Jesús, cuando llegaron unos de casa del jefe de la sinagoga a decirle al padre de la niña:

—Tu hija ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro?

Pero Jesús, sin hacer caso de ellos, le dijo al jefe de la sinagoga:

—No tengas miedo; cree solamente.

Y no dejó que lo acompañaran más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Al llegar a la casa del jefe de la sinagoga y ver el alboroto y la gente que lloraba y gritaba, entró y les dijo:

—¿Por qué hacen tanto ruido y lloran de esa manera? La niña no está muerta, sino dormida.

La gente se rió de Jesús, pero él los hizo salir a todos, y tomando al padre, a la madre y a los

que lo acompañaban, entró a donde estaba la niña. La tomó de la mano y le dijo:

—**Talítá, cum** (que significa: «**Muchacha, a ti te digo, levántate**»). Al momento, la muchacha, que tenía doce años, se levantó y echó a andar. Y la gente se quedó muy admirada. Pero Jesús ordenó severamente que no se lo contaran a nadie, y luego mandó que dieran de comer a la niña. (Marcos 5:21-43)

La Descripción del Ministerio de Jesús

Jesús fue a Nazaret, el pueblo donde se había criado. El sábado entró en la sinagoga, como era su costumbre, y se puso de pie para leer las Escrituras. Le dieron a leer el libro del profeta Isaías, y al abrirlo encontró el lugar donde estaba escrito:

«El Espíritu del Señor está sobre mí,
 porque me ha consagrado
 para llevar la buena noticia a los pobres;
 me ha enviado a anunciar libertad a los
 presos
 y dar vista a los ciegos;
 a poner en libertad a los oprimidos;
 a anunciar el año favorable del Señor.»

Luego Jesús cerró el libro, lo dio al ayudante de la sinagoga y se sentó. Todos los que

estaban allí tenían la vista fija en él. Él comenzó a hablar, diciendo:

—Hoy mismo se ha cumplido la Escritura que ustedes acaban de oír (Lucas 4:16-21). Ven a Mi En aquel tiempo, Jesús dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos las cosas que escondiste de los sabios y entendidos. Sí, Padre, porque así lo has querido.

»Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie conoce realmente al Hijo, sino el Padre; y nadie conoce realmente al Padre, sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo quiera darlo a conocer. Vengan a mí todos ustedes que están cansados de sus trabajos y cargas, y yo los haré descansar. Acepten el yugo que les pongo, y aprendan de mí, que soy paciente y de corazón humilde; así encontrarán descanso. Porque el yugo que les pongo y la carga que les doy a llevar son ligeros» (Mateo 11:25-30).

Calmando La Tormenta

Entonces dejaron a la gente y llevaron a Jesús en la barca en que ya estaba; y también otras barcas lo acompañaban. En esto se desató una tormenta, con un viento tan fuerte que las olas caían sobre la barca, de modo que se llenaba de agua. Pero Jesús se había dormido

en la parte de atrás, apoyado sobre una almohada. Lo despertaron y le dijeron:

—¡Maestro! ¿No te importa que nos estemos hundiendo? Jesús se levantó y dio una orden al viento, y dijo al mar:

—¡Silencio! ¡Quédate quieto!

El viento se calmó, y todo quedó completamente tranquilo. Después dijo Jesús a los discípulos:

—¿Por qué están asustados? ¿Todavía no tienen fe?

Ellos se llenaron de miedo, y se preguntaban unos a otros:

—¿Quién será éste, que hasta el viento y el mar lo obedecen? (Marcos 4:35-41)

Pagando Nuestro Precio

Más de 700 años antes del nacimiento de Jesús en Belén, el profeta Isaías explicó el asombroso plan de Dios para Su Hijo. El plan que Jesús llegó a cumplir era ofrecer Su vida perfecta como sacrificio por los pecados de todos los que pondrían su confianza en Él. Isaías profetizó esto:

 Mi siervo tendrá éxito,
 será levantado y puesto muy alto.

Así como muchos se asombraron de él,
al ver su semblante, tan desfigurado
que había perdido toda apariencia humana,
así también muchas naciones se quedarán
admiradas; los reyes, al verlo, no podrán decir
palabra, porque verán y entenderán
algo que nunca habían oído.

¿Quién va a creer lo que hemos oído?
¿A quién ha revelado el Señor su poder?
El Señor quiso que su siervo
creciera como planta tierna
que hunde sus raíces en la tierra seca.
No tenía belleza ni esplendor,
su aspecto no tenía nada atrayente;
los hombres lo despreciaban y lo rechazaban.
Era un hombre lleno de dolor,
acostumbrado al sufrimiento.
Como a alguien que no merece ser visto,
lo despreciamos, no lo tuvimos en cuenta.
Y sin embargo él estaba cargado con
nuestros sufrimientos,
estaba soportando nuestros propios dolores.
Nosotros pensamos que Dios lo había herido,
que lo había castigado y humillado.
Pero fue traspasado a causa de nuestra
rebeldía, fue atormentado a causa de
nuestras maldades; el castigo que sufrió nos
trajo la paz, por sus heridas alcanzamos la
salud.

Todos nosotros nos perdimos como ovejas,
siguiendo cada uno su propio camino,
pero el Señor cargó sobre él la maldad de

todos nosotros. Fue maltratado, pero se sometió humildemente, y ni siquiera abrió la boca;

lo llevaron como cordero al matadero,
y él se quedó callado, sin abrir la boca,
como una oveja cuando la trasquilan.

Se lo llevaron injustamente,
y no hubo quien lo defendiera;
nadie se preocupó de su destino.

Lo arrancaron de esta tierra,
le dieron muerte por los pecados de mi
pueblo.

Lo enterraron al lado de hombres malvados,
lo sepultaron con gente perversa,
aunque nunca cometió ningún crimen
ni hubo engaño en su boca.

El Señor quiso oprimirlo con el sufrimiento.
Y puesto que él se entregó en sacrificio por el
pecado,

tendrá larga vida
y llegará a ver a sus descendientes;
por medio de él tendrán éxito los planes del
Señor.

Después de tanta aflicción verá la luz,
y quedará satisfecho al saberlo;
el justo siervo del Señor liberará a muchos,
pues cargará con la maldad de ellos.
Por eso Dios le dará un lugar entre los
grandes,

y con los poderosos participará del triunfo,
porque se entregó a la muerte
y fue contado entre los malvados,
cuando en realidad cargó con los pecados de

muchos e intercedió por los pecadores (Isaias 52:12 - 53:12).

700 años después vemos que este “Siervo” de Dios vino y realmente cumplió estas cosas. Ese Siervo es Jesús de Nazaret que murió en una cruz, no por Sus propios pecados o crímenes, y no contra Su voluntad, sino como un sacrificio voluntario. Su vida perfecta en lugar de vidas culpables:

Eran las nueve de la mañana cuando lo crucificaron. Y pusieron un letrero en el que estaba escrita la causa de su condena: «El Rey de los judíos.» Con él crucificaron también a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda.

Los que pasaban lo insultaban, meneando la cabeza y diciendo:

—¡Eh, tú, que derribas el templo y en tres días lo vuelves a levantar, sálvate a ti mismo y bájate de la cruz!

De la misma manera se burlaban de él los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley. Decían:

—Salvó a otros, pero a sí mismo no puede salvarse. ¡Que baje de la cruz ese Mesías, Rey de Israel, para que veamos y creamos!
Y hasta los que estaban crucificados con él lo insultaban.

Al llegar el mediodía, toda la tierra quedó en oscuridad hasta las tres de la tarde. A esa misma hora, Jesús gritó con fuerza: «Eloí, Eloí, ¿lemá sabactani?» (que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»)

Algunos de los que estaban allí, lo oyeron y dijeron:

—Oigan, está llamando al profeta Elías.

Entonces uno de ellos corrió, empapó una esponja en vino agrio, la ató a una caña y se la acercó a Jesús para que bebiera, diciendo:

—Déjenlo, a ver si Elías viene a bajarlo de la cruz.

Pero Jesús dio un fuerte grito, y murió. Y el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El capitán romano, que estaba frente a Jesús, al ver que éste había muerto, dijo:

—Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

También había algunas mujeres mirando de lejos; entre ellas estaban María Magdalena, María la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé. Estas mujeres habían seguido a Jesús y lo habían ayudado cuando él estaba en Galilea. Además había allí muchas otras que habían ido con él a Jerusalén.

Como ése era día de preparación, es decir, víspera del sábado, y ya era tarde, José, natural de Arimatea y miembro importante de la Junta Suprema, el cual también esperaba el reino de Dios, se dirigió con decisión a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato, sorprendido de que ya hubiera muerto, llamó al capitán para preguntarle cuánto tiempo hacía de ello. Cuando el capitán lo hubo informado, Pilato entregó el cuerpo a José. Entonces José compró una sábana de lino, bajó el cuerpo y lo envolvió en ella. Luego lo puso en un sepulcro excavado en la roca, y tapó la entrada del sepulcro con una piedra. María Magdalena y María la madre de José, miraban dónde lo ponían (Marcos 15:25-47).

¡Pero la muerte de Jesús no fue el final de la historia! Dios dijo en los Salmos que si una persona verdaderamente perfecta viviera en la tierra, no dejaría que su cuerpo se descomponga después de la muerte. Tres días y tres noches después de Su muerte, justo antes de que la decadencia comenzará en el cuerpo humano, Dios resucitó a Jesús de entre los muertos:

Pasado el sábado, cuando al anochecer comenzaba el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto hubo un fuerte temblor de tierra, porque un ángel del Señor bajó del cielo y, acercándose al sepulcro, quitó la piedra que lo tapaba y se sentó sobre ella.

El ángel brillaba como un relámpago, y su ropa era blanca como la nieve. Al verlo, los soldados temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel dijo a las mujeres:

—No tengan miedo. Yo sé que están buscando a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, sino que ha resucitado, como dijo. Vengan a ver el lugar donde lo pusieron. Vayan pronto y digan a los discípulos: “Ha resucitado, y va a Galilea para reunirlos de nuevo; allí lo verán.” Esto es lo que yo tenía que decirles.

Las mujeres se fueron rápidamente del sepulcro, con miedo y mucha alegría a la vez, y corrieron a llevar la noticia a los discípulos. En eso, Jesús se presentó ante ellas y las saludó. Ellas se acercaron a Jesús y lo adoraron, abrazándole los pies, y él les dijo:

—No tengan miedo. Vayan a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea, y que allá me verán (Mateo 28:1-10).

Regresando Al Padre

Jesús contó esto también: «Un hombre tenía dos hijos, y el más joven le dijo a su padre: “Padre, dame la parte de la herencia que me toca.” Entonces el padre repartió los bienes entre ellos. Pocos días después el hijo menor

vendió su parte de la propiedad, y con ese dinero se fue lejos, a otro país, donde todo lo derrochó llevando una vida desenfadada. Pero cuando ya se lo había gastado todo, hubo una gran escasez de comida en aquel país, y él comenzó a pasar hambre. Fue a pedir trabajo a un hombre del lugar, que lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Y tenía ganas de llenarse con las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Al fin se puso a pensar: “¡Cuántos trabajadores en la casa de mi padre tienen comida de sobra, mientras yo aquí me muero de hambre! Regresaré a casa de mi padre, y le diré: Padre mío, he pecado contra Dios y contra ti; ya no merezco llamarme tu hijo; trátame como a uno de tus trabajadores.” Así que se puso en camino y regresó a la casa de su padre.

»Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y sintió compasión de él. Corrió a su encuentro, y lo recibió con abrazos y besos. El hijo le dijo: “Padre mío, he pecado contra Dios y contra ti; ya no merezco llamarme tu hijo.” Pero el padre ordenó a sus criados: “Saquen pronto la mejor ropa y vístanlo; pónganle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el becerro más gordo y mátenlo. ¡Vamos a celebrar esto con un banquete! Porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a vivir; se había perdido y lo hemos encontrado.” Comenzaron la fiesta.

»Entre tanto, el hijo mayor estaba en el campo. Cuando regresó y llegó cerca de la casa, oyó la música y el baile. Entonces llamó a uno de los criados y le preguntó qué pasaba. El criado le dijo: "Es que su hermano ha vuelto; y su padre ha mandado matar el becerro más gordo, porque lo recobró sano y salvo." Pero tanto se enojó el hermano mayor, que no quería entrar, así que su padre tuvo que salir a rogarle que lo hiciera. Le dijo a su padre: "Tú sabes cuántos años te he servido, sin desobedecerte nunca, y jamás me has dado ni siquiera un cabrito para tener una comida con mis amigos. En cambio, ahora llega este hijo tuyo, que ha malgastado tu dinero con prostitutas, y matas para él el becerro más gordo."

»El padre le contestó: "Hijo mío, tú siempre estás conmigo, y todo lo que tengo es tuyo. Pero había que celebrar esto con un banquete y alegrarnos, porque tu hermano, que estaba muerto, ha vuelto a vivir; se había perdido y lo hemos encontrado"» (Lucas 15:11-32).

Este mismo Jesús te invita a volver a la casa de Dios el Padre. Clama a él porque te puede liberar.

JESÚS TE PUEDE LIBERAR

Por siglos alrededor del mundo, aquellos que claman al nombre de Jesús han encontrado libertad y salvación de sus temores mas oscuros, los secretos mas vergonzosos, y mas. Incluso hoy, Jesús sigue siendo la única respuesta verdadera para ser libre de las cosas que nos esclavizan. No solo nos demuestra misericordia y compasión, sino a través de Su sacrificio y perdón, somos liberados de la atadura a la que verdaderamente vivimos.

Compilado con historias de la Biblia, esperamos que este pequeño libreto hable por si solo mientras resalta la compasión de Jesús, la misericordia de Jesús, y el amor de Jesús.

Mientras lees Jesús Te Puede Liberar, esperamos que serás inspirado a seguir a Jesús con todo tu ser, sin importar en que parte de ese trayecto estés. Que el Señor te bendiga mientras le buscas.

